La tormenta de otoño
The autumn storm

El otoño ya estaba llegando. Por las noches se notaba el frío y en las hojas de los álamos, higueras, almeces, nogueras y granados, empezaban a verse los colores propios de esta estación del año. En los pequeños huertos junto al río Darro, por la colina de la Alhambra, rincones de este barrio y lugares por las montañas, las hortalizas de verano, comenzaban a perder vida. Las calabazas, berenjenas, girasoles, maíz tomates y pimientos, cada día se veían más pálidos y alicaídos.

En las cumbres de Sierra Nevada, al amanecer y por las tardes, se veían oscuras, blancas y grandes nubes negras. Y él, cuando cada tarde recorría los caminos, Paseo de los Tristes, Puente del Aljibillo, Cuesta del Rey Chico, Llanos de la Perdiz, se fijaba en estas nubes. También en los colores de las hojas de los árboles, en los gritos de los mirlos y hasta en los tonos de las luces y sombras por entre los árboles. Se decía: “El otoño se presenta una vez más y mi corazón y alma, lo siente, se alegra y entristece. Son tantas las veces que he vivido estos momentos que, aunque siempre todo es nuevo y único, nada me llena por completo. Sigo en la espera y sueño, ahora ya sabiendo que el tiempo se me acaba. Estoy llegando, cada día un poco más, al final del camino. Pero otra vez el otoño está aquí y me satura con sus formas, colores, olores, aires frescos, sombras y luces y silencios. Pero sobre todo, de recuerdos y añoranzas”.

Quizás por esto, aquella mañana del comienzo del mes de octubre, caminó y salió de la ciudad. Recorrió las sendas que conocía en las montañas y se fue derecho al lugar que también conocía. En mitad de la ladera de una montaña pequeña que miraba al sol de la tarde. Buscó el rincón, entre unas encinas, cerca del manantial y no lejos de las rocas y aquí se paró. Mirando al sol de la tarde y por donde, a lo lejos, resaltaban oscuras siluetas de montañas.

Como brotando de estas montañas y destacando en un azul intenso del cielo, se dibujaba un mar de nubes muy oscura. Algunas de estas nubes se veían engalanadas con gruesos bordes blancos. De este lado de las cumbres, hasta él llegaban olas de viento frío repletas de olor a tierra mojada. Miró inmóvil durante un rato y luego cerró sus ojos. A su mente acudieron los recuerdos.

Fue también una fresca y bonita mañana de otoño. Con los hermanos, ella y el hermano mayor, desde la casa en el valle, se acercaron a este manantial. En busca de las nueces de la gruesa noguera que por aquí crece y ya estaba dejando caer. Se pusieron y en poco rato, recogieron un buen puñado y luego se dedicaron a buscar setas. Y tanto se entretuvieron que ni advirtieron la evolución de la tormenta.

Se cubrió por completo todo el cielo, sopló fuerte el viento, crujieron los truenos y brillaron los relámpagos. La lluvia comenzó a caer y la oscuridad lo cubrió casi todo. Se refugiaron ellos en el hueco de la gran roca cerca del manantial y asustados y lleno de curiosidad, se enfrentaron a la regia lluvia y el fuerte viento. Tan fuerte y en cantidad tan grande que ni siquiera eran conscientes del peligro que corrían. Cuando lo percibieron ni tiempo tuvieron para reaccionar.

Sintieron primero el ruido y al mirar, vieron la gran riada despeñándose ladera bajo. Una tromba de agua color chocolate que saltaba violenta por las pendientes arrastrando piedras, matojos, ramas secas y troncos de árboles. La pequeña y el hermano que siempre lo protegía, quisieron pedir ayuda al mayor. No tuvieron tiempo. La gran tromba de agua, como si fueran trozos de madera, empujó y se llevó ladera abajo, a la pequeña y al hermano protector. Gritaron ellos pidiendo ayuda, alzaron sus brazos y daban tumbos empujados por las olas, piedras y ramas secas. Quiso el hermano mayor ayudarles pero al mismo tiempo se agarró al tronco de la noguera para que la tromba de agua no lo arrastrara.

En diez minutos, la gran ola, amainó. Se fue apagando lentamente y se aplacó el viento y ahora el hermano mayor fue comprobando que, aunque estaba magullado, lleno de barro y sangraba por algunas partes de su cuerpo, seguía vivo. Miró para la Vega y por aquí descubrió como un ancho mar de aguas color marrón agitadas en remolinos y cientos de olas. Vino a su mente la casa familiar y la imagen del padre y la madre y la angustia se apoderó de su corazón.

Con la velocidad de un rayo, imaginó a los padres, hermanos y tierras, todo desbordado por las aguas y destruido por completo. Pero sus ojos se llenaron de asombro al descubrir la fantasía. Vio a la pequeña y al hermano protector, como saltando y jugando por encima de las aguas y acompañados de los padres. La blanca casa flotaba en estas olas y todos se iban hacia el final de la vida. Por donde la gran hilera de montañas, lugar por donde cada tarde, el sol se oculta.

Llamó a los hermanos y a los padres y de ninguno obtuvo respuesta. La tarde cayó, la oscuridad de la noche lo envolvió todo y él, recuperó algo de fuerzas y bajo la roca se refugió. Tembló de frío, se le paraba el corazón por lo que sus ojos habían visto y se le helaba la sangre al imaginar el futuro.

Fue duro y luchó contra muchos elementos, batallas y personas pero superó todas estas dificultades. Corrieron los años y de su mente y alma, fue desapareciendo el dolor de lo que aquel día la tormenta destrozó. Sin embargo, en ningún momento se borró de su mente la imagen de aquella danza de la figura de los hermanos y padres sobre las olas de las aguas.

Ahora esta mañana, primer día del mes de octubre y preludio del otoño, vuelve al lugar. Sigue aquí la noguera, el manantial y la roca. Al fondo, se eleva la gran cadena de montañas y desde estas cumbres, se observa densas columnas de nubes oscuras con los bordes blancos. Presiente que como en aquel día la tormenta puede fraguarse y descargar. Pero no teme. Se dice: “De lo que sí siempre estuve muy seguro es que en este lugar estoy de paso. Que mi vida en este mundo llegará a su fin. Por eso no tengo miedo. Los míos ya hacen muchos, muchos años que se fueron de aquí. Pero sé que viven en un lugar tan hermoso del universo que ni siquiera mi mente es capaz de imaginar. Espero el momento de irme con ellos y sé que ya me siento preparado.

Y mientras tanto, por si algún día alguien sabe de mí, proclamo al viento, a la luz del sol, al azul del cielo, al verde de las hojas de los árboles, a las personas y el universo entero, que no hay nada más grande en el ser humano, que la libertad. Ser libre, no ser nunca esclavo ni de la materia ni de las personas, es lo más grande, bello y valioso de los humanos. Y yo lo he sido. En cada momento, día, meses y años, me he sentido libre, he respetado y he amado desde lo más sincero. Así que puedo irme al mundo de mis sueños en el momento en que Dios lo quiera”.

En poco tiempo, las anchas sábanas de nubes negras y blancas, cubrieron por completo. Sopló con fuerza el viento, brillaron los relámpagos y crujieron los truenos. La lluvia comenzó a caer y en su corazón él sintió la felicidad.